



FOTO: Archivo Particular

EL PAÍS QUE LA JUVENTUD SE NIEGA A SEGUIR ESPERANDO

Hay una escena que Colombia repite con la puntualidad de un reloj. Cambia el gobierno, cambia el Congreso, cambian los discursos y cambian los rostros del poder. Lo único que parece no cambiar es la esperanza. **Cada cuatro años el país vuelve a creer que esta vez sí llegará el milagro: que el nuevo presidente resolverá lo que sus antecesores no pudieron, que el nuevo Congreso legislará pensando en la gente y que, por fin, el futuro dejará de ser una promesa para convertirse en una realidad.**

Después llega el tiempo, ese juez implacable

que nunca vota, pero siempre dicta sentencia. **Entonces descubrimos que ningún gobierno puede salvar un país que todavía no ha decidido salvarse a sí mismo.**

Por eso la expresión "**La patria milagro**" debería entenderse de otra manera. **No como la ilusión de encontrar un gobernante providencial, sino como la capacidad de una nación para construir instituciones que sobrevivan a los gobiernos y oportunidades que sobrevivan a los discursos.**



FOTO: El País

Colombia acaba de iniciar un nuevo cuatrienio. La democracia hizo su trabajo y las urnas definieron un nuevo rumbo político. **Ahora comienza la parte verdaderamente difícil: gobernar un país que sigue siendo uno de los más desiguales de América Latina, donde las oportunidades continúan distribuyéndose con más generosidad según el lugar donde se nace que según el talento que se posee.**

Ese será el verdadero examen del nuevo Gobierno y del Congreso de la República. No cuántas reformas aprueben. **No cuántos discursos pronuncien. No cuántas tendencias logren en las redes sociales.**

La pregunta será mucho más simple.

¿Lograrán devolverle la confianza a una generación que empieza a dudar de que el país también le pertenece?

Durante décadas repetimos una frase que parecía inofensiva: **los jóvenes son el futuro.** La escuchamos en campañas políticas, ceremonias de graduación y discursos oficiales. **Sonaba bien.**

Era optimista. Pero escondía una trampa.

Mientras hablábamos del futuro, les seguíamos negando el presente.

A una generación entera se le pidió prepararse más que ninguna otra. Estudiar, aprender idiomas, dominar la tecnología, innovar, emprender, competir en un mundo globalizado y creer que el mérito abriría todas las puertas. Lo hicieron. Sin embargo, demasiados descubrieron que el esfuerzo individual no siempre basta cuando las oportunidades siguen dependiendo del código postal, de las conexiones o de una desigualdad que el país todavía no consigue derrotar.

Las cifras ayudan a dimensionar el problema. Según el DANE, el desempleo juvenil en Colombia se ubicó en 15,3 % durante el trimestre marzo-mayo de 2026, una tasa superior al promedio nacional. Pero el dato más preocupante no aparece en las estadísticas. Se encuentra en la frustración silenciosa de miles de jóvenes que sienten que hicieron todo lo que la sociedad les pidió y, aun así, siguen esperando una oportunidad.

La mayor crisis de la juventud colombiana no es únicamente económica.

Es una crisis de confianza.

Confianza en que estudiar vale la pena.

Confianza en que el mérito será reconocido.

Confianza en que emprender no significa asumir todas las cargas mientras el Estado observa desde la distancia.

Confianza en que la política todavía puede transformar la realidad y no limitarse a administrar la decepción.

Cuando una generación pierde esa confianza, la democracia empieza a deteriorarse mucho antes de que aparezcan las crisis institucionales. Porque las democracias no se debilitan únicamente cuando fracasan los gobiernos. También se debilitan cuando sus jóvenes dejan de creer en ellos.

Ese es el verdadero desafío del nuevo poder.

No administrar expectativas.

Recuperar la esperanza.

Y esa esperanza no se construye con discursos. Se construye con decisiones.

Significa comprender que invertir en educación no es un gasto, sino la política económica más rentable que existe. Que apoyar el emprendimiento juvenil no es una concesión, sino una estrategia de desarrollo. **Que cerrar las brechas digitales ya no es un lujo, sino una obligación. Que la innovación no puede seguir concentrada en unas pocas ciudades mientras el resto del país continúa esperando conectividad, infraestructura y oportunidades.**

Pero, sobre todo, significa entender que Colombia no puede seguir desperdiciando el talento de sus regiones.

Porque el problema nunca ha sido la falta de talento.

Ha sido nuestra extraordinaria capacidad para desaprovecharlo.

Lo digo desde La Guajira, una tierra acostumbrada a convivir con las contradicciones. Un departamento capaz de producir cultura, liderazgo, riqueza ambiental y una inmensa oportunidad para la transición energética, pero que durante décadas también ha sido símbolo del abandono institucional. **Allí resulta imposible hablar de igualdad sin recordar que, para miles de jóvenes, el primer obstáculo no aparece cuando buscan empleo; aparece mucho antes, cuando intentan acceder a una educación de calidad, a internet estable o, simplemente, a las mismas oportunidades que tienen quienes nacieron en las grandes capitales.**

La Guajira no es una excepción. Es el recordatorio de una deuda nacional.

Durante demasiado tiempo Colombia creyó que bastaba con crecer para desarrollarse. Sin embargo, el crecimiento económico, por sí solo, nunca ha corregido las desigualdades que separan al centro de la periferia. **Un país puede mostrar cifras alentadoras y, al mismo tiempo, seguir expulsando a sus jóvenes hacia otras ciudades o hacia otros países porque no encuentra la manera de ofrecerles un futuro en el territorio donde nacieron.**

Y cuando una nación obliga a sus mejores talentos a marcharse para realizar sus sueños, no está perdiendo habitantes; está perdiendo futuro.



FOTO: AS Colombia

Por eso el próximo cuatrienio será recordado menos por las reformas que apruebe y más por una pregunta esencial: **¿fue capaz de convertir el talento de la juventud en una prioridad nacional o volvió a administrarlo como una promesa para el siguiente gobierno?**

El Congreso tiene en esa tarea una responsabilidad que suele pasar inadvertida. Cada presupuesto, cada ley y cada decisión legislativa expresa una idea de país. **Gobernar también consiste en elegir qué generación recibirá la mayor inversión pública y cuál deberá seguir esperando. No existe decisión más política que esa.**

Pero sería injusto depositar toda la responsabilidad sobre quienes hoy ocupan el poder.

La democracia también nos interpela como ciudadanos.

Durante años exigimos transparencia mientras

tolerábamos pequeñas formas de corrupción. Criticamos el clientelismo, pero muchas veces seguimos premiándolo en las urnas. Pedimos instituciones fuertes, aunque con frecuencia desconfiamos de ellas antes incluso de permitirles funcionar. **Esa contradicción ha debilitado nuestra vida pública y ha convertido el desencanto en una costumbre nacional.**

La juventud tiene la posibilidad de romper ese círculo.

No porque sea moralmente superior a las generaciones anteriores, sino porque entiende que el liderazgo ya no depende exclusivamente de un cargo público. Hoy también se construye país desde un emprendimiento, una organización social, un laboratorio de innovación, un medio de comunicación, un proyecto cultural o una iniciativa ambiental. Gobernar sigue siendo importante, pero ya no es el único camino para transformar la realidad.

Quizá esa sea la mayor lección que deja esta nueva etapa política: las sociedades cambian cuando el poder y la ciudadanía dejan de verse como adversarios y empiezan a reconocerse como corresponsables del mismo destino.

De eso trata, en el fondo, **La patria milagro**.

No de esperar que un presidente resuelva en cuatro años problemas acumulados durante generaciones. No de creer que un Congreso, por sí solo, corregirá las desigualdades que arrastra nuestra historia. **El verdadero milagro ocurre cuando un país deja de buscar salvadores y decide construir instituciones capaces de sobrevivir a los gobiernos, políticas públicas capaces de trascender los periodos presidenciales y ciudadanos capaces de exigir sin renunciar también a sus deberes.**

Dentro de veinte años, pocos recordarán las consignas de esta campaña, los debates de coyuntura o las polémicas que dominaron las redes sociales. Lo que permanecerá será la respuesta a una sola pregunta: **¿este fue el momento en que Colombia decidió confiar, de verdad, en su juventud?**

Si la respuesta es afirmativa, el país habrá dado un paso decisivo hacia una democracia más fuerte y una economía más competitiva. **Si la respuesta es negativa, habremos vuelto a desperdiciar el recurso más valioso que posee cualquier nación: su gente.**

Porque los recursos naturales se agotan. Los gobiernos terminan. Las mayorías cambian. Incluso las crisis pasan.

Lo único verdaderamente irremplazable es una generación cuando pierde la esperanza.

Y ninguna nación puede darse el lujo de perder a la generación mejor preparada de su historia.

Tal vez ese sea el verdadero significado de La patria milagro. No esperar que alguien cambie el país por nosotros, sino construir un país donde ningún joven tenga que renunciar a sus sueños para encontrar un futuro.

Los gobiernos cambian el rumbo de una nación.

Las generaciones cambian su destino.



**WILLIAM
DAVID
OSPINO
QUINTANA**

✕ WilliamOspino

📷 williamospinoq